

ILDEFONSO
FALCONES

LOS HEREDEROS DE LA TIERRA

Grijalbo

Primera edición: agosto, 2016

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-5423-6
Depósito legal: B-13.527-2016

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Impreso en Liberdúplex
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

GR54236

Penguin
Random House
Grupo Editorial

PRIMERA PARTE

Entre el mar y la tierra

1

Barcelona, 4 de enero de 1387

El mar estaba embravecido; el cielo, gris plomizo. En la playa, la gente de las atarazanas, los barqueros, los marineros y los *bastaixos* permanecían en tensión; muchos se frotaban las manos o daban palmadas para calentárselas mientras que otros trataban de protegerse del viento gélido. Casi todos estaban en silencio, mirándose entre ellos antes de hacerlo a las olas que rompían con fuerza. La imponente galera real de treinta bancos de remeros por banda se hallaba a merced del temporal. Durante los días anteriores los *mestres d'aixa* de las atarazanas, ayudados por aprendices y marineros, habían procedido a desmontar todos los aparejos y elementos accesorios del navío: timones, armamento, velas, mástiles, bancos, remos… Los barqueros habían llevado todo aquello que se podía separar del barco hasta la playa, donde fue recogido por los *bastaixos*, quienes lo transportaron a sus correspondientes almacenes. Se dejaron tres anclas que eran las que, aferradas al fondo, tironeaban ahora de la *Santa Marta*, un imponente armazón desvalido contra el que batía el oleaje.

Hugo, un muchacho de doce años con el cabello castaño, y las manos y el rostro tan sucios como la camisa que vestía hasta las rodillas, mantenía clavados sus ojos de mirada inteligente en la galera. Desde que trabajaba con el genovés en las atarazanas había ayudado a varar y a echar a la mar bastantes como aquella, pero esa era muy grande y el temporal hacía peligrar la operación. Algunos marineros deberían embarcar en la *Santa Marta* para desanclarla y luego los barqueros tendrían que remolcarla hasta la playa, donde un enjambre de

personas la esperaba para arrastrarla hasta el interior de las atarazanas. Allí hibernaría. Se trataba de una labor ardua y, sobre todo, extremadamente dura, incluso haciendo uso de las poleas y los cabestrantes de que se servían para tirar de la nave una vez varada en la arena. Barcelona, pese a ser una de las potencias marítimas del Mediterráneo junto con Génova, Pisa y Venecia, no tenía puerto; no existían refugios ni diques que facilitasen las tareas. Barcelona era toda ella playa abierta.

—*Anemmu*, Hugo —ordenó el genovés al muchacho.

Hugo miró al *mestre d'aixa*.

—Pero… —intentó alegar.

—No discutas —le interrumpió el genovés—. El lugarteniente de las atarazanas —añadió señalando con el mentón hacia un grupo de hombres que se hallaba algo más allá— acaba de dar la mano al prohombre de la cofradía de los barqueros. Eso significa que han llegado a un acuerdo sobre el nuevo precio que el rey les pagará como consecuencia del peligro añadido por el temporal. ¡La sacaremos del agua! *Anemmu* —repitió.

Hugo se agachó y agarró la bola de hierro que permanecía unida mediante una cadena al tobillo derecho del genovés y, no sin esfuerzo, la alzó y se la pegó al vientre.

—¿Estás listo? —inquirió el genovés.

—Sí.

—El maestro mayor nos espera.

El muchacho cargó con la bola de hierro que impedía moverse al *mestre d'aixa*. Tras él anduvo por la playa y discurrió entre las gentes que, ya apercibidas del trato, charlaban, gritaban, señalaban y volvían a gritar, nerviosas, a la espera de las instrucciones del maestro mayor. Entre todos ellos se contaban más genoveses, también hechos prisioneros en el mar e inmovilizados con bolas de hierro, cada uno con otro chico a su lado que la sostenía en sus brazos mientras ellos trabajaban forzados en las atarazanas catalanas.

Domenico Blasio, que así se llamaba el genovés a quien acompañaba Hugo, era uno de los mejores *mestres d'aixa* de todo el Mediterráneo, quizá mejor incluso que el maestro mayor. El genovés había tomado a Hugo como aprendiz a ruego de micer Arnau Estanyol y de Juan el Navarro, el ayudante del lugarteniente, un hombre todo barriga y de cabeza calva y redonda. Al principio, el genovés lo había tratado

de forma algo arisca, por más que en el momento de trabajar la madera parecía olvidarse de su condición de prisionero, tal era la pasión que sentía aquel hombre por la construcción de navíos; pero desde que el rey Pedro el Ceremonioso firmara una precaria paz con la señoría de Génova, todos aquellos prisioneros que trabajaban en las atarazanas se hallaban a la espera de que esta pusiera en libertad a los presos catalanes para hacer lo propio con los genoveses. Entonces, el maestro se volcó en Hugo y empezó a enseñarle los secretos de una de las profesiones mejor consideradas a lo largo y ancho del Mediterráneo: construir barcos.

Hugo descansó la bola sobre la arena, a espaldas del genovés, cuando este se reunió, junto a otros prohombres y *mestres*, en derredor del maestro mayor. Recorrió la playa con la mirada. La tensión iba en aumento: el ir y venir de la gente que preparaba los aperos, así como los gritos, los ánimos y las palmadas en la espalda que pugnaban por vencer al viento, al frío y a esa luz tenue y brumosa tan extraña en unas tierras perennemente premiadas con el brillo del sol. Pese a que su trabajo consistía en portar la bola de hierro del genovés, Hugo se sintió orgulloso por formar parte de aquel grupo. Se habían congregado numerosos espectadores en el linde de la playa, junto a la fachada del mar de las atarazanas, que aplaudían y gritaban. El muchacho miró a los marineros que llevaban palas para excavar la tierra por debajo de la galera; a los que preparaban los cabestrantes, las poleas y las maromas; a otros que trajinaban con los travesaños de madera sobre los que, previamente untados con grasa o cubiertos de hierba, debería desplazarse la nave; a los que portaban las pértigas; a los *bastaixos* preparándose para tirar…

Olvidó al genovés, abandonó la bola y corrió en dirección al numeroso grupo de *bastaixos* congregados en la playa. Fue bien recibido, entre cariñosos pescozones. «¿Dónde has dejado la bola?», le preguntó uno de ellos rompiendo la tensión y la seriedad de los reunidos. Lo conocían, o más bien sabían de él por el afecto que le profesaba micer Arnau Estanyol, el anciano que se encontraba en el centro de todos, empequeñecido a la vera de los fuertes prohombres de la cofradía de los *bastaixos* de Barcelona. Todos sabían quién era Arnau Estanyol; admiraban su historia, y todavía vivían algunos que relataban los muchos favores que había hecho a la cofradía y a sus cofrades. Hugo se plantó junto a micer Arnau, en silencio, como si fuera de su propie-

dad. El anciano se limitó a revolverle el cabello sin perder el hilo de la conversación. Trataban del peligro que correrían los barqueros al remolcar la galera, así como del propio cuando esta quedase varada lejos de la playa y hubiera que llegar hasta ella para amarrarla. Podría volcar. El oleaje era tremendo y la mayoría de los *bastaixos* no sabía nadar.

—¡Hugo! —se oyó gritar por encima de la algarabía.

—¿Ya has abandonado al maestro otra vez? —le preguntó Arnau.

—Todavía no tiene que trabajar —se excuso el muchacho.

—Ve con él.

—Pero…

—Ve.

Cargado con la bola, Hugo siguió al genovés por la playa mientras este daba órdenes a unos y otros. El maestro mayor lo respetaba y la gente también; nadie ponía en duda el arte de Domenico como *mestre d'aixa*. El frenesí se inició en el momento en el que los barqueros consiguieron llegar hasta la *Santa Marta*, agarrar sus cabos, desanclarla y empezar a remolcarla hacia la orilla. Cuatro barcas, dos por costado, tiraban de ella. Algunos observaban la escena con espanto; la angustia se reflejaba en su rostro y en sus manos crispadas. Otros, los más, preferían dejarse llevar y los gritos de ánimo competían en incontrolable algarabía.

—No te despistes, Hugo —lo llamó al orden el genovés ante su retraso, ya que la atención del muchacho estaba puesta donde la tenía el gentío: una barca a punto de zozobrar y un par de barqueros que caían por la borda. ¿Lograrían subir?

—Maestro… —rogó sin poder separar la vista de los barqueros que luchaban por rescatar a sus compañeros mientras la *Santa Marta* se escoraba debido a las maniobras de aquella cuarta barca.

Hugo temblaba. Veía en esa escena aquella otra que les habían contado los marineros que estaban con su padre cuando este murió, hacía un par de años, engullido por las olas en un viaje a Sicilia. El genovés lo entendió; conocía la historia, y también se vio atrapado por el drama que se vivía más allá de la orilla.

Uno de los barqueros logró izarse hasta la barca; el otro luchaba desesperado entre el oleaje. No lo iban a olvidar. La barca que tiraba del mismo costado de la galera que la primera soltó su maroma y se

dirigió allí donde los brazos del barquero que pedía auxilio habían desaparecido bajo el agua. Poco después los brazos, moviéndose, volvieron a verse. Los presentes exhalaron casi a un tiempo el aire contenido en sus pulmones. Pero los brazos desaparecieron de nuevo. Las corrientes arrastraban al barquero mar adentro. La primera barca también soltó el cabo, y las dos del otro lado se sumaron al comprender qué pretendían. Las cuatro barcas bogaban ahora con brío en socorro de su compañero al compás de una fuerza que se les transmitía desde la playa: gritos, oraciones, silencios.

Hugo notó las manos del maestro genovés crispadas sobre sus hombros. No se quejó del dolor.

Las tareas de rescate coincidieron con el momento en el que la *Santa Marta*, a la deriva, encallaba en el pequeño espigón de Sant Damià. Algunos miraron, un solo instante, pero luego volvieron a prestar atención a las barcas. Pudo distinguirse una señal desde una de ellas, y aunque alguien la dio por buena y cayó de rodillas, a la mayoría no le pareció suficiente. ¿Y si era errónea? Más señales, desde todas las barcas ahora, algunos brazos en alto, el puño cerrado como si quisieran golpear al cielo. Ya no había duda: regresaban. Remaban hacia una playa donde risas, abrazos y lágrimas envolvían a la gente.

Hugo sintió el alivio del maestro, pero él continuaba temblando. Nadie pudo hacer nada por su padre, les habían asegurado. En ese momento lo imaginó con los brazos levantados pidiendo ayuda igual que acababa de hacer el barquero, inmerso entre las olas.

El genovés le palmeó cariñosamente el rostro desde detrás.

—La mar puede ser tan atractiva como cruel —le susurró—. Hoy quizá haya sido tu padre el que, desde ahí abajo, ha ayudado a ese hombre.

Mientras tanto, la *Santa Marta* era atacada una y otra vez por las olas, que la destrozaban contra las rocas del espigón.

—Ese es el resultado de permitir la navegación fuera de la época entre abril y octubre, como se hacía antes —explicaba Arnau a Hugo.

Los dos se dirigían al barrio de la Ribera al día siguiente del desastre de la *Santa Marta*. La gente de las atarazanas recogía las maderas de la galera que el mar llevaba hasta la playa y trataba de salvar lo

posible desde el pequeño espigón de Sant Damià. Allí no podía trabajar el genovés, con su bola al pie, por lo que tanto él como Hugo disfrutaron de una jornada de fiesta que se alargaría con la siguiente: la Epifanía, que además coincidía con domingo.

—Ahora —continuó Arnau con sus explicaciones—, las galeras son mejores, con más bancos y más remos, de mejores maderas y hierros, y construidas por maestros con más conocimientos. La experiencia nos ha hecho progresar en la navegación y ya hay quien se atreve a retar al invierno. Olvidan que la mar no perdona al imprudente.

Volvían a Santa María de la Mar para guardar en la caja del Plato de los Pobres Vergonzantes, la institución benéfica de aquella iglesia, los dineros recaudados pidiendo limosna de casa en casa. El Plato gozaba de buenas rentas; poseía viñas, edificios, obradores, censos… Pero micer Arnau gustaba de buscar la caridad de las gentes como era obligado para los administradores del Plato, y desde que había acudido en ayuda de la familia de Hugo para paliar, en nombre de Santa María de la Mar, la miseria a la que les abocó la muerte del cabeza de familia, el muchacho le ayudaba en la colecta con la que después socorrería a aquellos que lo necesitaban. Hugo conocía a los que daban, nunca a los que recibían.

—¿Por qué…? —empezó a preguntar el chico. Arnau le instó a que continuara con un gesto cariñoso—. ¿Por qué un hombre como vos… se dedica a pedir limosna?

Arnau sonrió con paciencia antes de responder.

—Pedir limosna para los necesitados es un privilegio, una gracia de Dios, no conlleva escarnio alguno. Ninguna de las personas a las que visitamos daría una sola moneda si no es a hombres en los que puede confiar. Los administradores del Plato de Santa María de la Mar deben ser prohombres de Barcelona y, efectivamente, han de mendigar para los pobres. ¿Sabes una cosa? —No hizo falta que Hugo negara; micer Arnau continuó—: Los administradores no estamos obligados a dar cuenta de lo que hacemos con los dineros del Plato, no solo de los que recaudamos, sino de todos los demás. A nadie, ni siquiera al arcediano de Santa María… ¡Ni al propio obispo! Y esa confianza debe recaer en los prohombres de la ciudad. Nadie sabe a quién o a qué familia he ayudado con la caridad de los ciudadanos piadosos.

Hugo solía acompañar a micer Arnau en esas tareas hasta que este

le consiguió trabajo en las atarazanas, con el genovés, para que aprendiera a construir barcos y algún día se convirtiera en *mestre d'aixa*. Cuando Hugo entró en las atarazanas hacía algún tiempo que Arnau había encontrado acomodo para su hermana pequeña, Arsenda, como sirvienta de una monja del convento de Jonqueres. La religiosa aceptó vestir, alimentar y educar a la niña, hacer de ella una mujer de valía y al cabo de diez años dotarla con la cantidad de veinte libras para contraer matrimonio; eso fue lo que constó en el contrato que se suscribió con la monja de Jonqueres.

La ilusión con la que Hugo entró en las atarazanas y se halló envuelto en la fascinante tarea de construir barcos, aunque su única función fuera la de transportar la bola del genovés, se vio sin embargo empañada por las consecuencias que ello conllevó para con Antonina, su madre.

—¿Vivir allí? ¿Dormir? —le preguntó asustado después de que ella le hablara de su nueva ocupación—. ¿Por qué no puedo trabajar y volver a dormir con vos, aquí, como siempre?

—Porque yo ya no viviré aquí —anunció Antonina con voz dulce, como si solo así pudiera convencerlo.

El chico negó con la cabeza.

—Es nuestra casa…

—No puedo pagarla, Hugo —se adelantó ella—. Las viudas pobres y con hijos somos como viejas inútiles: no tenemos posibilidad alguna en esta ciudad. Deberías saberlo.

—Pero micer Arnau…

Antonina volvió a interrumpirle:

—Micer Arnau me ha encontrado un trabajo en el que me darán vestido, cama, comida y quizá algo de dinero. Si tu hermana está en el convento y tú en las atarazanas, ¿qué hago yo aquí sola?

—¡No! —gritó Hugo aferrándose a ella.

Las atarazanas reales de Barcelona se ubicaban frente al mar. Consistían en una edificación de ocho naves, sostenidas por pilares y techadas con cubiertas a dos aguas, tras las que se abría un patio lo suficientemente amplio para permitir la construcción de galeras grandes. Tras este había otro edificio con ocho naves más, todas altas, todas

diáfanas, todas aptas para construir, reparar o guardar los barcos catalanes. La magna obra ya iniciada en tiempos del rey Jaime, auspiciada después por Pedro III el Ceremonioso, culminaba con cuatro torres, una en cada esquina del complejo.

Junto a naves, torres y balsas con agua para humedecer la madera se abrían almacenes en los que depositar todos los materiales y los accesorios de las galeras: maderas y herramientas; remos; armas: ballestas, saetas, lanzas, guadañas, bastardas, destrales, jarras de cal viva para cegar al enemigo en el momento del abordaje y otras con jabón para hacer resbalar a los marineros, o con alquitrán para incendiar las embarcaciones contrarias; paveses, que eran los escudos alargados que se alzaban a lo largo de los costados de la galera para defender a los remeros una vez iniciado el combate; cueros con los que tapar los cascos para que el enemigo no lograse incendiarlos; velas; banderas y clavos, cadenas, anclas, mástiles, fanales, así como un sinfín de enseres y aparejos.

Las atarazanas se levantaban en un extremo de Barcelona, el opuesto a Santa María de la Mar, junto al convento de Framenors, pero si los monjes se hallaban protegidos por las antiguas murallas de la ciudad, las atarazanas estaban a la espera de que las que Pedro III había ordenado construir llegaran a envolverlas e incluirlas en su seno. Todavía faltaba, tanto como los dineros necesarios para continuar la obra que pretendía rodear el nuevo barrio del Raval.

Antonina no lo acompañó.

—Ya eres un hombre, hijo. Recuerda a tu padre.

Se despidió de él simulando entereza, erguida, manteniendo a su pesar un par de pasos de distancia y rogando al cielo que micer Arnau se llevara pronto a su niño para poder llorar su pena en secreto.

Arnau entendió y empujó suavemente a Hugo por la espalda.

—Seguirás viéndola —le comentó mientras el muchacho andaba con la cabeza vuelta hacia atrás.

Transcurrieron pocos días hasta que Hugo se acostumbró a su nuevo entorno y corrió a la ciudad para ver a su madre. Micer Arnau le explicó que trabajaba como criada en la casa de un guantero, en la calle Canals, junto al Rec Comtal, por detrás de Santa María.

—Pues si es tu hijo, ve con él —replicó con grosería la esposa del

guantero a Antonina ante la tímida excusa con que esta se defendió cuando su señora los descubrió en la puerta, abrazados—. No sirves para nada; solo sabes de pescado y poco más. Nunca has trabajado en una casa rica. ¡Tú…! —gritó al mismo tiempo que señalaba a Hugo—. ¡Largo de aquí!

Luego esperó atenta. Hugo obedeció a la extraña mirada que le dirigió su madre y le dio la espalda acongojado ante la tristeza y la impotencia que destilaban unos ojos hasta hacía poco siempre alegres y esperanzados. Antonina vio que su hijo se alejaba unos pasos, no los suficientes, sin embargo, para que el muchacho no llorara al oír la reprimenda que resonó en el callejón aun con la puerta de la casa cerrada.

Hugo continuó acudiendo a la calle Canals con la esperanza de ver a su madre. La siguiente vez se quedó parado en las cercanías de la casa, sin tener donde esconderse entre los edificios arracimados en la callejuela. «¿Qué haces ahí, mocoso? —le chilló una mujer desde la ventana de un segundo piso—. ¿Pretendes robar algo? ¡Largo!» Al pensar que los gritos atraerían a la esposa del guantero y que su madre se llevaría otra regañina, Hugo aligeró el paso y abandonó el lugar.

Desde entonces se limitaba a circular por la calle Canals, como si fuera o volviera de otro sitio, demorándose cuanto podía frente a la fachada del guantero y tarareando la cancioncilla que siempre silbaba su padre. No consiguió verla en ninguna de esas ocasiones.

Y tras dejar la calle Canals y refugiarse en el consuelo que le proporcionaba saber que la vería el domingo, en misa, Hugo se dirigía al barrio de la Ribera y buscaba a micer Arnau, bien en Santa María, bien en su casa, encajonada entre otras ocupadas por gente de la mar, o quizá en el escritorio, al que cada vez acudía con menor frecuencia y cuya gestión depositaba en manos de sus oficiales. Si no lo hallaba allí, lo buscaba por las calles. Acostumbraba a encontrarlo. La gente de la Ribera conocía bien a Arnau Estanyol y la mayoría lo apreciaba. Hugo solo tenía que preguntar por él, en la panadería de la calle Ample o en la carnicería de la Mar, en cualquiera de las dos pescaderías o en el obrador de quesos.

Durante esa época supo de la esposa de micer Arnau, llamada Mar. «Hija de un *bastaix*», se enorgulleció el anciano. También supo de su hijo, Bernat, algo mayor que él.

—¿Doce tienes? —repitió Arnau luego de que Hugo le dijese una vez más su edad—. Pues Bernat ha cumplido los dieciséis. Ahora está en el consulado de Alejandría, aprendiendo del comercio y la navegación. No creo que tarde en regresar a casa. Yo ya no quiero tener que ocuparme de ningún negocio. ¡Estoy viejo!

—No digáis…

—No discutas —le interrumpió Arnau.

Hugo no lo hizo, y asintió mientras el anciano se apoyaba en él y continuaban camino. Le gustaba que micer Arnau se apoyase en él. Se sentía importante mientras unos y otros les mostraban sus respetos, y hasta se divertía devolviendo los saludos, a veces de manera tan exagerada que Hugo llegaba a perder pie con la reverencia.

—No hay que inclinarse tanto ante nadie —llegó a aconsejarle un día Arnau.

Hugo no contestó. Arnau esperó: sabía que replicaría; lo conocía.

—Vos podéis no inclinaros porque sois un ciudadano honrado —arguyó el chico—, pero yo…

—No te equivoques —le corrigió Arnau—. Si he conseguido ser un ciudadano honrado, quizá sea porque nunca me incliné ante nadie.

En esa ocasión Hugo no replicó, aunque Arnau ya no estaba pendiente de él: su mente vagaba al día en que había recorrido de rodillas el salón de los Puig hasta llegar a besar los pies de Margarida. Los Puig, familiares de los Estanyol, enriquecidos y ensoberbecidos, habían humillado a Arnau y a Bernat, su padre, quien terminó ahorcado como un vulgar delincuente en la plaza del Blat por su culpa. Margarida le odiaba como si en ello le fuera la vida. Pese al tiempo transcurrido, un escalofrío le recorrió la espalda al acordarse de ella. No había vuelto a saber de ellos.

Aquel día de enero de 1387, mientras se acercaban a la iglesia de Santa María de la Mar, Hugo recordó el consejo que Arnau le había dado a la vista del saludo exagerado que les efectuó un hombre humilde, quizá un marinero. Sonrió. «No debes inclinarte ante nadie.» ¡Muchas fueron las bofetadas y patadas que recibió por seguir aquel consejo! Pero tenía razón micer Arnau: después de cada pelea, los chicos de las atarazanas le tenían en mayor consideración, aunque saliera vapuleado, como acostumbraba a sucederle en sus enfrentamientos con los mayores.

Cruzaban el Pla d'en Llull, por detrás de la plaza del Born y de la iglesia de Santa María de la Mar cuando unas campanas lejanas empezaron a sonar. Arnau se detuvo, como muchos otros ciudadanos: no eran toques de llamada.

—Doblan —susurró el anciano con los ojos entrecerrados—. El rey Pedro ha muerto.

No había acabado de decirlo cuando las campanas de Santa María atronaron. Luego fueron las de Sant Just i Pastor y las de Santa Clara y las de Framenors... En unos instantes todas las campanas de Barcelona y sus alrededores tocaban a difuntos.

—¡El rey...! —se confirmó a gritos por las calles—. ¡El rey ha muerto!

Hugo percibió inquietud en el rostro de micer Arnau; su mirada cansada y acuosa parecía perderse en algún punto de la entrada de la plaza del Born. El muchacho malinterpretó aquella congoja.

—¿Apreciabais al rey Pedro?

Arnau torció los labios y negó con la cabeza a modo de contestación. «Me casó con una víbora, su ahijada, mala mujer donde las hubiera», podría haber respondido.

—¿Y a su hijo? —oyó que insistía el chico.

—¿Al príncipe Juan? —preguntó atendiendo a las palabras de Hugo.

«Él fue quien causó la muerte de una de las mejores personas de este mundo», le habría gustado contestar. El recuerdo de Hasdai ardiendo en la hoguera lo atormentó fugazmente: el hombre que le salvó la vida luego de que él hiciera lo mismo con sus hijos, el judío que lo acogió y le enriqueció. ¡Tantos años habían transcurrido...!

—Es una mala persona —contestó en cambio.

«Alguien que exigió tres culpables —añadió para sí—; tres hombres buenos que se inmolaron por sus seres queridos y los de su comunidad.»

Arnau suspiró y se apoyó con fuerza en Hugo.

—Volvamos a casa —le instó en la confusión de las campanas mientras la gente gritaba y corría de un lado a otro—. Me temo que durante los próximos días, quizá semanas, Barcelona vivirá tiempos difíciles.

—¿Por qué? —inquirió Hugo notando al anciano en su brazo como un peso muerto. Se irguió en espera de una respuesta que no

llegó—. ¿Por qué decís que viviremos tiempos difíciles? —insistió unos pasos más allá.

—Hace días que la reina Sibila huyó de palacio con sus familiares y su corte —explicó Arnau—, tan pronto como tuvo la seguridad de que su esposo iba a morir…

—¿Ha abandonado al rey? —se extrañó Hugo.

—No me interrumpas —le recriminó Arnau—. Escapó porque tiene miedo de la venganza que tome en ella el príncipe… El nuevo rey Juan —se corrigió—. La reina nunca ha tenido el menor aprecio hacia su hijastro, y este la ha culpado siempre de todos sus males, del distanciamiento y hasta de la enemistad con su padre. El año pasado este le privó del título y de los honores de lugarteniente del reino, una humillación para el heredero. Habrá venganza, seguro, no faltarán las represalias —auguró Arnau.

Al día siguiente de la muerte de Pedro III, los feligreses estaban de luto, la iglesia estaba de luto; todo era aflicción. Hugo siguió la misa dominical junto a su madre en los únicos momentos de libertad que el guantero de la calle Canals permitía a Antonina. Vio a micer Arnau entre la multitud, de pie, encorvado pero de pie, como ellos, como los humildes. Miró hacia la Virgen. Micer Arnau decía que sonreía. Él no lo veía, pero el anciano insistía, y regresaban a la iglesia a horas diferentes para rezar y mirarla.

A Hugo la Virgen de la Mar no le sonreía nunca, pero no por ello dejaba de rezarle y solicitar, como hizo ese día, su intercesión: por su madre, para que dejara al guantero y fuera feliz y volviera a reír y a quererlo como antes; para que pudieran vivir juntos, con Arsenda también. Rezó por su padre, y rezó por la salud de micer Arnau y por la libertad del genovés. «La libertad… —dudó—. Si lo liberan se irá a Génova y no me enseñará a ser *mestre d'aixa* —se dijo sin poder evitar que le remordiera la conciencia—. Sí. Intercede por su libertad, Señora», terminó cediendo.

Cuando acabó la larga ceremonia Hugo y Antonina no dedicaron el poco rato de que ella disponía a charlar y quererse, como hacían cada domingo, sino que prestaron atención a los rumores. En la plaza de Santa María, allí donde se alzaba la maravillosa fa-

chada de la iglesia con su homenaje en bronce a los *bastaixos* que ayudaron a construirla, Hugo vio a micer Arnau, pero no consiguió acercarse a él: la gente lo rodeaba ávida de noticias, como sucedía con todos los prohombres que en lugar de ir a la catedral habían acudido a Santa María y que ahora eran el centro de interés de los parroquianos.

Con su madre y muchos más que escuchaban se enteró de que la reina Sibila, refugiada en el castillo de Sant Martí Sarroca, a dos jornadas de Barcelona, negociaba entregarse con todos los suyos al infante Martín, hermano del rey Juan. También supieron que el nuevo monarca se hallaba en Gerona, muy enfermo, aunque se decía que en cuanto tuvo noticia de la muerte de su padre se puso en camino hacia Barcelona. La gente hablaba y especulaba. Hugo trataba de prestar atención a todos.

—Hijo —le llamó Antonina—, tengo que…

No había terminado la frase cuando Hugo prescindió de rumores y se abrazó a ella hundiendo la cabeza entre sus pechos.

—Tengo que irme —insistió la mujer al mismo tiempo que evitaba las miradas más libidinosas que tiernas por parte de algunos hombres.

Mucha de la gente de la Ribera conocía la situación de Antonina originada por el fallecimiento de su esposo, pero eran pocos los que se percataban de sus ojeras, de las arrugas que empezaban a surcar su rostro o de sus manos enrojecidas; continuaba siendo una mujer bella, tremendamente sensual.

Antonina se liberó con delicadeza del abrazo de su hijo, se acuclilló frente a él y apoyó suavemente las manos en sus mejillas.

—Nos encontraremos el domingo que viene. No llores —trató de animarle al ver que le temblaba el labio inferior y se le contraía el mentón—. Sé fuerte y trabaja mucho.

Hugo mantuvo unos instantes la mirada en el gentío en el que su madre se confundió hasta desaparecer, como si en cualquier momento pudiera verla de nuevo. Al cabo frunció los labios y volvió a dirigir su atención allí donde se encontraba micer Arnau rodeado de gente. Se notó la garganta agarrotada y los ojos humedecidos, y decidió irse. «Ya lo veré mañana», pensó.

No fue así. Ninguna de las veces que logró escabullirse de las

enseñanzas y de la bola de hierro del genovés y corrió en busca de micer Arnau pudo encontrarlo.

—No está, muchacho —le aseguraba Juana, la sirvienta.

Nadie le supo dar noticia.

—Está en el Consejo de Ciento —le confirmó otro día Mar, advertida de la presencia de Hugo por la criada—, con los prohombres y los concelleres de la ciudad —le aclaró.

—Gracias, señora —articuló azorado—. Cuando vuelva…

—No te preocupes. Sabe que has venido. Se lo hemos dicho. Me ha rogado que te pida disculpas. Te aprecia mucho, Hugo, pero son tiempos difíciles —quiso excusarse Mar repitiendo el comentario de Arnau.

Hugo era consciente de que efectivamente eran tiempos muy difíciles para Barcelona y para Cataluña. Lo oía en las atarazanas, donde los trabajos se ralentizaban al albur de los comentarios entre maestros y oficiales.

—Ya ha llegado a Barcelona —anunció una tarde uno de los serradores refiriéndose al rey Juan.

—Pero ¡está muy enfermo! —gritó otro.

—Dicen que la reina Sibila lo tiene hechizado. Que por eso está tan enfermo.

—La reina está detenida.

—Y su corte, y también los que fueron consejeros del rey Pedro. Todos están detenidos.

—Los someten a tortura —se oyó decir desde las brasas de carbón, donde los hombres humedecían con vapor de agua los tablones de madera para poder curvarlos.

—¡No es posible! —exclamó alguien—. Las leyes lo prohíben. Primero tendrán que juzgarlos.

Sin embargo, era cierto, coincidieron varios maestros unos días después: el rey Juan y sus ministros habían dado orden de que torturasen a los detenidos pese a la oposición de los jueces y los concelleres de la ciudad. No se oyeron comentarios. Las sierras, las hachas y los martillos volvieron a resonar en las inmensas naves de las atarazanas, pero ya no era la orquesta vivaz a la que todos estaban acostumbrados.

—¡No deberíamos permitirlo! —vociferó alguien rompiendo el silencio.

Hugo agarró con fuerza la bola del genovés, las manos crispadas alrededor de ella como si con esa actitud se sumara a la lucha apuntada.

—¡El rey tiene que cumplir las leyes! —se oyó afirmar desde otro rincón.

Nadie osó hacer nada.

La reina Sibila fue torturada hasta que, rendida y atemorizada, cedió al rey Juan todas las tierras, los castillos y los bienes de su propiedad. El monarca perdonó a la esposa de su padre, y a su hermano, Bernardo de Fortiá, así como al conde de Pallars, pero dispuso la continuación de los procesos contra los demás detenidos.

Y, como si deseara atemorizar aún más a prohombres, concelleres, jueces y ciudadanía, ordenó también la decapitación pública de Berenguer de Abella, ministro de su padre el rey Pedro, y de Bartolomé de Limes, uno de los caballeros que había huido con la reina.

Barcelona siguió sin oponerse a la voluntad real. La ciudad vivía acobardada, como percibió Hugo en el Pla de Palau, la gran explanada que se abría entre la playa, la lonja y el pórtico del Forment, donde el rumor del mar sonaba por encima de la resignación de los cientos de barceloneses que habían acudido a presenciar la decapitación de dos hombres cuyo único delito era el de mostrar fidelidad a su monarca. El muchacho buscó a Arnau entre la gente congregada en torno al cadalso, una simple tarima de madera algo elevada y rodeada por los soldados del rey Juan, en la que destacaba el tajo. No lo vio, aunque sabía que estaba allí. Sí vio, no obstante, a los concelleres de la ciudad, serios, vestidos de negro, igual que los miembros del Consejo de Ciento y los prohombres de las cofradías, así como a sacerdotes, párrocos y prebostes de la Iglesia… Muchos guardaban silencio. Los demás hablaban por lo bajo, en murmullos, la mayoría de ellos evitaban enfrentar sus miradas, como si se supieran culpables y temieran que cualquiera se lo recriminase.

Hugo se abrió paso entre los allí reunidos; podía hacerlo con facilidad, a diferencia de otras ocasiones en las que el público se abigarraba y empujaba para acercarse cuanto más mejor al reo. La llegada de los condenados no se vio acogida con gritos e insultos como era usual. De repente el muchacho se encontró en primera fila. La gente había reculado unos pasos alrededor del cadalso a medida que la comitiva ascendía a él. Una mujer le cogió por los hombros y lo colocó

por delante de ella, a modo de escudo. Hugo se zafó de aquellas manos mientras un sacerdote trazaba en el aire la señal de la cruz frente al rostro de un hombre que aún conservaba la altivez de su dignidad, aunque sus exquisitas vestiduras estaban ahora sucias y deterioradas. En fila —tras los reos, en el cadalso y frente al público— se hallaban los soldados y algunos de los nuevos ministros que se habían hecho cargo del reino.

Un heraldo leyó los cargos a una ciudadanía más y más encogida y atemorizada a medida que escuchaba aquella retahíla de mentiras. La ejecución fue rápida y certera. La cabeza sanguinolenta cayó a un saco mientras las piernas de Berenguer de Abella se convulsionaron durante unos segundos ante la mirada estremecida de los presentes. Entonces Hugo lo descubrió. Se hallaba al otro lado de donde él estaba.

—¡Micer Arnau!

Hugo lo dijo para sí, pero aquellas dos palabras resonaron en el aterrador silencio con que fue acogida la muerte de un noble barcelonés. El muchacho se sorprendió, pero nadie parecía prestarle atención.

El sacerdote atendía ahora al segundo noble mientras se procedía a retirar el cuerpo y la cabeza de Berenguer de Abella. Hugo cruzó por delante del cadalso, para lo que atravesó el espacio libre entre el gentío y los soldados a fin de acercarse a Arnau. Fue a decirle algo, pero observó que el anciano permanecía quieto, con la vista clavada en alguno de los nobles que acompañaban a los nuevos ministros, situados a uno de los lados del cadalso.

—Micer Arnau…

No obtuvo respuesta.

El heraldo leía en ese momento los cargos correspondientes al caballero Bartolomé de Limes.

Hugo se volvió hacia donde miraba el anciano. Lo supo nada más verla: una vieja decrépita que boqueaba en busca del aire que parecía faltarle al mismo tiempo que se esforzaba en vano por levantarse de la silla de manos en que la transportaban unos criados, súbitamente preocupados ante la excitación de su señora.

Un escalofrío recorrió la espalda de Hugo al percibir la ira que reflejaba aquel rostro crispado. Dio un paso atrás y chocó con Arnau; lo notó rígido.

El escándalo que rodeaba a la mujer de la silla de manos retrasó la

ejecución. El heraldo puso fin a la lectura de los cargos, y alguien acercó el oído a los labios secos y azulados de la anciana y siguió con la mirada la dirección del dedo descarnado que señaló a Arnau. Ese alguien se aproximó al cadalso y llamó por señas al ministro que presidía la ejecución, un noble maduro, alto y fuerte, con barba negra y tupida y lujosamente ataviado en seda roja y oro.

—¿Qué sucede, micer Arnau? —alcanzó a preguntar Hugo sin volverse hacia él, la vista puesta en el ministro que se acuclillaba al borde del cadalso.

Arnau siguió sin contestar.

El ministro se incorporó. También fijó su mirada en Arnau, igual que hicieron muchos de los congregados. Luego ordenó que continuara la ejecución, y el caballero de Limes se postró frente al tajo con el mismo orgullo con el que lo había hecho su predecesor. La gente, Hugo entre ella, volvió a prestar atención al verdugo y al hacha que se alzó sobre el cuello del condenado. Solo Arnau se percató de que aquel noble llamaba con discreción a uno de los oficiales y le decía algo.

—Margarida Puig —susurró entonces el anciano.

Arnau los vio aproximarse, al oficial y a un grupo de soldados; las espadas ya desenvainadas, enardecidos como si fueran a enfrentarse a un héroe invencible. Sin duda el odio mantenía con vida a aquella mujer.

La cabeza del caballero rodó hasta el saco mientras los soldados, espadas en alto, apartaban a empellones a los presentes. Un par de mujeres chillaron. Nadie se opuso.

—Ve a casa y dile a mi esposa —rogó el anciano a Hugo mientras lo zarandeaba para que dejase de prestar atención al cadalso— que los Puig han regresado, que me van a detener. Que busque ayuda.

—¿Qué?

—¡Y que tenga mucho cuidado…! —añadió a gritos. Hugo agitó la cabeza; no entendía qué le decía—. Ve…

No pudo repetirlo. Los soldados se abalanzaron sobre un Arnau indefenso que no hizo el menor intento de evitar la detención, pese a lo cual recibió varios golpes que lo aturdieron por unos instantes. Hugo presenció, con espanto e incredulidad, cómo aporreaban y sacudían al anciano. La gente se apartó y les hizo sitio. ¡Nadie respondía! Nadie iba a salir en defensa de micer Arnau, comprendió el

muchacho antes de lanzarse con fuerza sobre el soldado que tenía más cerca.

—¡Soltadlo! —aulló.

—¡No…! —trató de impedírselo Arnau.

Pero Hugo consiguió pillar desprevenido al primer soldado, que trastabilló y cayó al suelo.

—¿Por qué lo maltratáis? —escupió un Hugo enfurecido, e intentó provocar a los barceloneses que los rodeaban, que se mantenían a una distancia prudente—. ¿Lo vais a permitir? —les gritó antes de enfrentarse al segundo soldado.

—Hugo… —quiso terciar Arnau.

—Muchacho, no… —se oyó entre el gentío.

Las frases quedaron en el aire. El tremendo golpe que Hugo recibió en la espalda con la espada plana de uno de los soldados lo lanzó a los pies de otro, que lo acogió con una patada en el vientre.

—¡Es solo un niño! —protestó entonces una de las mujeres—. ¿Es esta la hombría de las tropas del rey Juan?

Uno de los soldados hizo ademán de encararse con ella, pero el oficial lo contuvo y les indicó que regresaran al cadalso con un Arnau que logró volver la cabeza para ver cómo aquella mujer se arrodillaba junto a Hugo, hecho un ovillo en el suelo, con las manos aferradas al vientre. El dolor se mostraba en sus facciones, en sus quejidos sordos y ahogados.

—¡Arnau Estanyol! —gritó el noble de rojo y oro en cuanto el oficial empujó al anciano sobre el cadalso—. ¡Traidor al reino!

Dos de los concelleres de la ciudad, que se habían acercado para interesarse por la detención de alguien tan conocido y querido en Barcelona, se detuvieron en seco al oír la acusación. Mucha gente que había empezado a dispersarse devolvió su atención a la escena.

—¿Quién lo dice? —inquirió no obstante a voz en grito uno de los miembros del Consejo de Ciento, un tintorero ya mayor, tan barrigón como descarado.

Los concelleres, ciudadanos honrados y mercaderes, recriminaron con la mirada a su compañero el tono utilizado. Acababan de decapitar a dos ministros del rey Pedro sin otra razón que la venganza; la reina Sibila había sido torturada sin juicio; los demás ministros del Ceremonioso y miembros de la corte de su viuda estaban encausados,

y su vida pendía del capricho de un monarca enfermo que se creía hechizado, y aquel tintorero engreído osaba discutir a los nuevos ministros de la ley.

La respuesta no se hizo esperar.

—¡El rey Juan es quien lo dice! —sentenció el noble del cadalso—. Y en su nombre hablo yo, Genís Puig, conde de Navarcles, capitán general de sus ejércitos.

El tintorero rindió su gruesa cabeza.

—¡Arnau Estanyol! —repitió el noble—. ¡Ladrón y usurero! ¡Hereje! ¡Prófugo de la Santa Inquisición! ¡Traidor al rey! ¡Traidor a Cataluña!

El rencor con que se gritó la acusación de traición empujó a los barceloneses, que volvieron a separarse del cadalso. ¿Sería posible?, se preguntaron muchos. Aquel conde no podía actuar así.

—¡Te condeno a morir decapitado! Todos tus bienes serán requisados.

Un murmullo de indignación se propagó. El conde de Navarcles ordenó a los soldados que protegían el cadalso que desenvainaran la espada.

—¡Hijo de puta! —Hugo volvía a estar en tierra de nadie, entre la gente y los soldados—. ¡Perro sarnoso!

A los gritos de Hugo se sumaron inesperadamente los agudos chillidos, ininteligibles, de una mujer que se abría paso a manotazos. Alguien había corrido a avisar a Mar.

—¡Detenedla! —ordenó el oficial.

Esa fue la única vez que Arnau trató de enfrentarse a sus captores, al ver a su esposa chillar, revolverse y patear por librarse de las manos de los soldados. El mismo Genís Puig, con displicencia, como si se tratase de un animal, le propinó un bofetón que lo derribó.

Algunos nobles rieron.

—¡Canalla! —volvió a chillar Hugo, ahora en dirección a la vieja de la silla, que sonreía desdentada y babeante ante la caída de Arnau sobre el entarimado.

—¡Haced callad a ese muchacho loco! —ordenó el oficial.

Los insultos de Hugo, dirigidos a quien consideraba la causante de la detención de Arnau, impidieron que el oficial culminara su amenaza.

—¡Marrana! ¡Asquerosa! ¡Infame saco de huesos!

—¿Cómo te atreves?

Un joven noble que no llegaría a la veintena, rubio, bien plantado, vestido con cota azul de seda damasquinada con piel en el cuello, calzón y zapatos de cuero blando con hebilla de plata, mantón terciado y espada al cinto apareció de entre los nobles. Ni siquiera llevó la mano a la empuñadura de la espada mientras se acercaba a Hugo. A una señal casi imperceptible, un criado y un soldado se echaron encima del muchacho y lo molieron a palos.

—¡Póstrate! —exigió el joven noble al final de la paliza.

El criado mantuvo de rodillas a un Hugo derrotado, agarrándolo del cabello para mantenerle erguida la cabeza. La sangre le corría por el rostro.

—Discúlpate —exigió el noble.

Por detrás del borrón azulado plantado delante de él, con los ojos casi cerrados por la paliza y la visión borrosa, Hugo creyó reconocer a Arnau en el cadalso. ¿Le animaba a oponerse? Escupió. Sangre y saliva.

El joven echó mano a la espada.

—Basta.

Margarida Puig logró articular la orden. El conde de Navarcles entendió las razones de su tía. ¿Cómo iba un crío zarrapastroso a empañar la venganza que el azar les ofrecía? ¿Y si la gente terminaba sublevándose a causa del muchacho? Arnau era un prohombre de la ciudad; la ejecución tenía que llevarse a cabo de inmediato. Si los concelleres intervenían, todo podía echarse a perder, y llevaba años esperando ese momento. Lo que dijera el rey no le preocupaba; ya encontraría argumentos para convencerlo.

—¡Soltadlo! —ordenó el conde—. ¿No me has oído! —repitió ante el ademán que hizo su sobrino de terminar de desenvainar la espada.

—La próxima vez no tendrás tanta suerte, palabra de Roger Puig —le amenazó el joven, que acto seguido abrió y extendió ostensiblemente los dedos de la mano que empuñaba la espada para soltarla a fin de que se deslizara en la vaina.

Dos *bastaixos* se apresuraron a recoger a Hugo en cuanto el noble recuperó su sitio. Intentaron llevárselo de allí. Hugo se resistía.

—Arnau —balbuceó.

Los *bastaixos* entendieron y lo sostuvieron por las axilas, en pie, en primera fila. No llegó a verlo. No logró abrir los ojos ni limpiarse la sangre que le cubría el rostro y le nublaba la poca visión que le restaba, pero lo sintió más que si lo hubiera visto. Oyó el silbido del hacha y el chasquido sobre el tajo, como si el cuello liviano de Arnau no hubiera sido más que un hilo de seda interpuesto en su camino. Escuchó el silencio y olió la mezcolanza del miedo de las gentes con el aire salobre que traía el mar. Notó el temblor en los *bastaixos* y percibió alientos espasmódicos. Luego el cielo se rasgó ante el grito de Mar y el mareo se apoderó de él, una sensación casi placentera que pugnó por encubrir el dolor de sus heridas. Y se dejó llevar.